

el curso de toda la historia, y en todos los sentidos altamente verdadera, exacta y profunda, esta frase de San Pablo: *Véritas liberabit vos. La verdad os hará libres*. Por la poderosa eficacia de esta verdad, que es, en cierta manera, una parte integrante de nuestra vida social, la misma dictadura, cuando se mueve terrorífica para castigar y aplastar la revolución, lejos de aumentar y de consumir en nosotros la esclavitud, al contrario, levanta siempre y enaltece la libertad. No puede apreciarse el gran bien que hizo la Edad Media al mundo. Esa época teológica nos legó una noción del poder público tan íntimamente cristiana, que somos incapaces de concebir, ni de ejercer, ni de soportar la tiranía; y esa suprema y pésima desgracia de las naciones no puede llegar á nosotros, á menos que, cometiendo el más grande de los crímenes, volvamos al paganismo por el camino de la apostasía.

Tal es, pues, el verdadero carácter de la Edad Media. En medio de las vicisitudes ordinarias y cambios de la vida de los pueblos, es la época en que se ve á la sociedad marchar hacia la verdadera civilización, á la libertad legítima y al bien más en conjunto y con mayor vigor. El medio fundamental y general para aproximarse y llegar al progreso y realizar una aspiración tan laudable era la enseñanza de la religión, dada con gran esmero en todas las escuelas, en las academias, en las artes y en las instituciones y profesiones durante toda la vida. La sociedad no prometía entonces primariamente á los hombres ni las

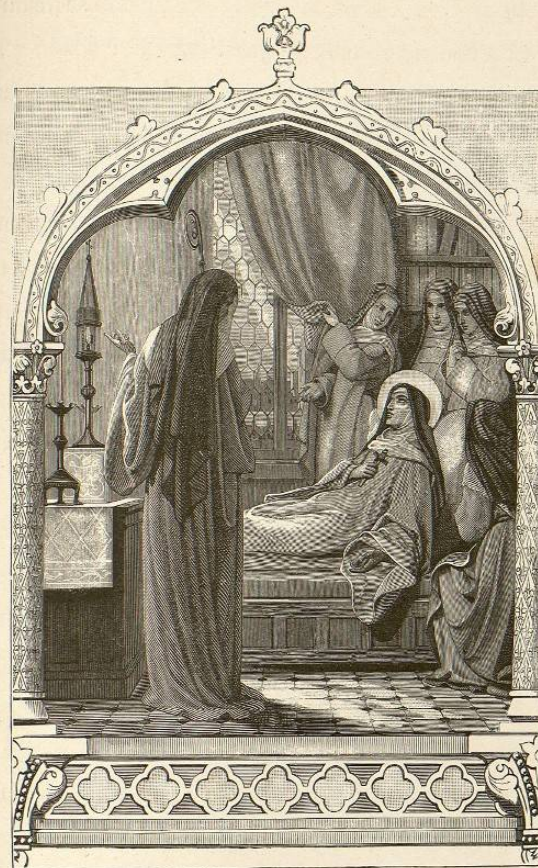


Lámina 134.—Santa Julia, a del Monte Cornillón, cerca de Ginebra. A consecuencia de una revelación contribuyó mucho para que se estableciera en la Iglesia la fiesta del Santísimo Sacramento.—Pensamiento expresado en cristal por M. Claudio Lavergne, que se conserva en la iglesia de Nuestra Señora, de Ginebra, y es de este siglo.

riquezas, ni la dicha sobre la tierra, promesa difícil de cumplir y todavía más difícil de retirar, sino que quería que todos tuvieran

la dicha de conocer á Dios, la alegría de esperar su reino y la gloria y el júbilo de servirle; y, gracias á ese cuidado y á esa enseñanza, los pobres labriegos y los infelices esclavos sabían mucho mejor que muchos de los doctores de nuestras modernas universidades dos puntos que la Iglesia enseña desde muy temprano á los niños, á saber: la grandeza de su origen y la sublimidad de su fin. Así sabían que, criados por Dios y rescatados por Él y yendo hacia Él, debían, por lo tanto, obedecerle antes que á los hombres, lo cual era ya un obstáculo inmenso é invencible para los planes y proyectos de la tiranía, ya fuera cuando ésta intentase oprimir, ó ya cuando se esforzase por romper.

En virtud de esta acción constante debía caer y desacreditarse la teoría del cesarismo y del poder absoluto del hombre sobre el hombre; y, en efecto, cayó por dos razones á la vez: la primera, porque el débil crecía en dignidad, y la segunda, porque el fuerte aumentaba su caridad. Bajo la influencia del derecho proclamado por el Cristianismo, ya se hiciera uso de él en la conquista ó en la concesión, se suavizó y se transformó sin violencia el derecho de la fuerza, y se convirtió en la fuerza del derecho, que no es otra cosa que el equilibrio de deberes recíprocos, de los cuales, como de su fuente, brota la libertad.

Repito, porque desde el principio todo el período de la Edad Media tuvo ese pensamiento fijo, que nada hay tan visible en la historia como ese movimiento progresivo, del que la

Iglesia era el alma, para llegar á la libertad y al conocimiento de la dignidad verdadera del hombre. El carácter de cristiano protesta contra la esclavitud todavía más en el corazón de los señores que en el de los siervos; la caridad cristiana atempera y modifica un derecho que por razones políticas no podía abandonarse, y le sustituye por un censo, una expresión de reconocimiento, y algunas veces por una simple ceremonia, que dejaba ya preparada una completa libertad. Eso dió motivo y ocasión á tantas acciones nobles y generosas á nuestros ojos, y que por mucho tiempo fueron desconocidas y despreciadas, las cuales llamamos nosotros los *derechos de señorío*. Los estudios que sobre ese punto se han hecho estos últimos años determinan perfectamente cuál era el concepto bajo el cual se despreciaba semejante derecho. En lugar de actos de tiranía se encontraron beneficios. En cierta época del año, algunos paisanos eran condenados á hacer momos delante del castillo ó abadía de la cual eran vasallos, ó á ejecutar algún otro de los usos raros y grotescos, como el que se refiere de golpear durante la noche los estanques ó fosos de agua que rodeaban la residencia feudal. Se lamenta la suerte y condición de los que así se rebajaban, y, aún cuando sensible, no debe ocultarse, sino, por el contrario, manifestar que muchas veces, por esa fatiga y por tales muecas, los campesinos pagaban el arriendo de sus tierras, y con frecuencia conseguían la entera propiedad de éstas, concedidas por los señores como un puro donativo.



Lámina 135.—Dante llega al término de su viaje. Después de haber mostrado á Virgilio los círculos del Infierno y del Purgatorio, Virgilio declara al florentino que él no sabría conducirlo tan lejos. «El fuego temporal y el fuego eterno, dice él, has visto, hijo mío, y, por tanto, has llegado al punto en que yo mismo no distingo nada más allá. Mira á lo lejos el sol que alumbra tu frente.» Seguidamente del Dante llega Estacio, el poeta pagano que se acercó más á la doctrina católica.—Fresco de M. Magaud, director de la Escuela de Bellas Artes de Marsella, pintado en 1866 para el Círculo católico de aquella ciudad.

Como la Iglesia, por su propia naturaleza y divina misión, va unida á todo lo que interesa al bien del hombre, los críticos la acusan de mezclarse demasiado en las cosas temporales; que, reglamentando únicamente la vida espiritual, dirige hasta los actos de la vida animal, y que, atando así inhumanamente la libertad de las pasiones, era como ella desenvolvía tiernamente la libertad de las virtudes. Verdaderamente que, si la Iglesia no hubiera sido severa é inflexible con la libertad de las pasiones, no hubiera habido que preguntar jamás en el mundo por otra libertad. Establecida la esclavitud en todas partes en que las pasiones se dejan libres, mancharía aún y envilecería la faz de la tierra y ofendería la cultura y progreso de los pueblos cristianos; y con sólo echar una mirada sobre la civilización romana conoceremos lo que la libertad de las pasiones sabe hacer del hombre y de su vida. La Iglesia ha purificado uno después de otro el paganismo salvaje y el paganismo civilizado, empleando el dulce y santo rigor que tanto se la censura, y con él ha fundado la familia cristiana en el seno de la corrupción más espantosa que se conoció jamás, y ha hecho surgir el orden cristiano, basado en la justicia, del caos más tenebroso en que había caído la humanidad.

Al momento vamos á ocuparnos de una formidable tentativa ejecutada para destruir todo lo que la Iglesia había establecido y edificado. El mundo cristiano, después de un instante de apacible reposo bajo la sombra de sus catedrales góticas, va á

sentir y atravesar una nueva y larga tormenta de sangre, cuyas desesperadas sacudidas amenazaban conducirle nuevamente al culto de los dioses falsos.

EL GRAN CISMA

El Pontificado, vuelto y restablecido en Roma, tuvo que sentir la penosa prueba de lo que se conoce con el nombre del gran cisma. Éste nació de las intrigas políticas á las cuales dió ocasión el destierro de los Papas, y fué motivo de espantosos temores. Hubo dos y hasta tres Papas, cada uno de los cuales se creía con derecho, tenía sus partidarios numerosos y respetables, y todos los tres se excomulgaban recíprocamente. En el período de estos tres Papas se celebró un concilio, que fué convocado por uno de ellos, tan dudoso como los otros dos en cuanto al derecho. El concilio tomó un poder revolucionario, en medio de una situación inaudita, para hacer cosas que jamás se habían oído. De los tres Papas cuya elección no aparecía revestida de los requisitos canónicos necesarios, el concilio juzgó á uno, hizo abdicar á otro y depuso al tercero. Resultó de ahí que con existir tres Papas vivos, la Iglesia se quedaba sin Papa, y que en su lugar la daba una asamblea, que también era anticánónica, en la que chocaban intereses políticos los más opuestos y fermentaban ideas extremadas. Alrededor de esa asamblea, que tomó resoluciones tan atrevidas, había toda clase de presio-

nes y seducciones imaginables : en los instintos y tendencias populares se veía la herejía demagógica de Juan Huss; en las aspiraciones de los reyes, la herejía despótica de Marsilio de Padua, y en el concilio mismo, la tentación absorbente del poder, el ejemplo funesto de las miserias y debilidades de que, por lo regular, adolecen las grandezas humanas, y, por fin, el ejemplo todavía más peligroso de su fácil degradación y envilecimiento. Al mismo tiempo los enemigos del Pontificado veían llegada su ocasión propicia en que podían todos á la vez hacerle daño y desacreditarle, y sus mismos defensores le inspiraban también temores, en vista del sumo cuidado que ponían en estipular y poner condiciones que les fueran favorables.

Sin embargo de situación tan grave para los intereses de la Iglesia, el Pontificado sale vivo, entero y triunfante de ese caos. Durante el tiempo que los Papas estuvieron desterrados, se comprendió la necesidad de su independencia, y durante el cisma se vió que el Pontificado es el faro del mundo, y que, si ese faro llegase á extinguirse, el mundo entero caería en un abismo de tinieblas. Se preguntaba entonces qué es lo que sucedería en la tierra si no existiese el Papa. Aunque en menor escala, las naciones pasan algunas veces por situaciones angustiosas muy semejantes cuando pueden decir que tal día y á tal hora han de quedarse sin gobierno. El interés primero y más legítimo de todos y la necesidad más urgente y apremiante es la constitución de un poder; y eso que se hace en un país por uno de esos gol-